El Abrigo de Thomas Mann

Golo Mann y sus amigos españoles

Primera edición en Reino de Cordelia, mayo de 2016

Edita: Reino de Cordelia
www.reinodecordelia.es

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española
© Reino de Cordelia, S.L.
Avd. Alberto Alcocer, 46 - 3º B
28016 Madrid

© Juan Luis Conde Calvo, 2016

Ilustración de sobrecubierta: Golo Mann y Juan Luis Conde en Vals (Girones) en enero de 1987
Ilustración de cubierta: Golo Mann y Juan Luis Conde en 1988 junto a una foto de la familia Mann

IBIC: BGLA
ISBN: 978-84-15973-84-3
Depósito legal: M-15374-2016

Diseño y maquetación: Jesús Egido
Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Gráficas Zamart
Impreso de la Unión Europea
Printed in E. U.
Encuadernación: Felipe Méndez

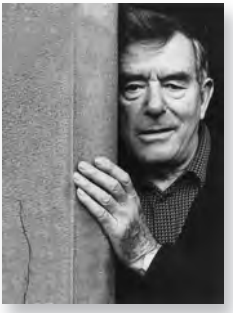
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

El Abrigo de Thomas Mann

Golo Mann y sus amigos españoles

Juan Luis Conde

Índice



Disculpas y agradecimientos 13

El hijo feo 15

Cigüeñas de verano 39

Cinco botellas de tequila y un chico mexicano 55

La senda del paraíso 73

Protégé 107

Los cuatro cuartos 135

Destino e instinto 161

La enfermedad del príncipe elector 185

¿Quién construyó Tebas? 219

Tras la niebla 245

Anexo 277

Entrevista 279

Reseña 281

A la memoria de mi madre,
Carmina Calvo Úbeda (1937-2011)

Time will say nothing but I told you so
W. H. AUDEN

Goethe se calentaba la mayor parte del tiempo
con el correo que recibía en sus últimos años.
Goethe se muere, THOMAS BERNHARD
(trad. Miguel Sáenz)

Disculpas y agradecimientos

En su relato *Laúdes y cicatrices* escribe Danilo Kiš: «Influido por Truman Capote, en este relato intenté acercarme, a mi manera, a un género narrativo llamado historia no ficticia, en el que la parte imaginada está reducida a cero y los hechos lo son todo. En el cuento Jurij Golec no lo conseguí: cuando los personajes de una historia, aunque sean secundarios, son personas vivas y concretas, el escritor suele estar obligado a realizar valiosas modificaciones y concesiones relativas al absolutamente comprensible amor propio humano».

Esta es una historia real, que discurrió en lo esencial durante los años ochenta del siglo pasado. Muchos de los personajes mencionados en ella son personas vivas y concretas, con un legítimo amor propio, que es una buena manera de describir un amplio espectro de emociones humanas, desde el pudor hasta el orgullo. Por respeto hacia todos esos sentimientos quisiera pedir sinceras disculpas a quienes aparecen en mi historia y no hubieran querido aparecer, a quienes aparecen pero no como les hubiera gustado aparecer, a quienes no apa-

recen y, sin embargo, les hubiera gustado aparecer. También a quienes se identifica y hubieran preferido no ser reconocibles o a quienes no se identifica y hubieran preferido lo contrario. Ese mismo respeto ha dirigido la selección de fotografías que se muestran. Solo espero que no se ofendan al tener noticia de este libro aquellos a quienes no he querido ofender y sí, en cambio, sientan la ofensa quienes se la merecen, todos ellos sin excepción personajes públicos.

Este libro se ha escrito lentamente, entre el verano de 2009 y el de 2014. Quiero dar las gracias a quienes han colaborado con él de buena gana: a mi hermano Alberto Conde, a Paco Olivo, a Herbert Morote, a Constantino Bértolo, a Eliane Ettmüller, a Pollux Hernúñez y a Inés Delgado-Echagüe, mi mujer, que han ido regalándome su tiempo para leer pacientemente las muestras que les ofrecía, ayudándome con las correcciones y aportando sus opiniones, incluso a pesar de que no siempre las haya respetado y en el texto definitivo quite o ponga cosas que no tienen por qué agradarles. A Alberto y a Paco, personajes en esta historia, les agradezco el que hayan atendido mi solicitud de entrevistas, cartas o diarios personales de los que he dispuesto a discreción. A Inés, además, le debo agradecimiento especialísimo por la condescendencia que ha tenido con mi humor, a veces muy alterado por el esfuerzo de revolver en estos materiales de antaño y tratar de hacer algo con ellos. En mi descargo habrá que decir que no era sencillo el próposito de interesar a los lectores con el relato de la vida de un donnadie, porque parece una regla del género ser *alguien* para ganarse el derecho a escribir autobiografía.

El hijo feo

I

Durante quince años largos había llegado casi a olvidarlo. No es que no me acordase nunca, no quiero decir eso, pero cerca anduve. Dando por concluido el capítulo y decidido a no mover ni un dedo al respecto, me hice propósito de mirar para adelante: no iba a permitir que me amargase los recuerdos un cierre en falso que me había dejado, más que con un muerto, con un desaparecido. Los meses finales de su vida (de manera gradual, cerca de dos años) los había pasado bajo el cuidado de su nuera en Alemania. Ingrid Beck-Mann era la viuda de Hans, a quien Golo había adoptado como hijo poco antes de la muerte de este. Aquella mujer era enfermera de profesión y vivía junto al Rin en Leverkusen, uno de los emporios farmacéuticos y médicos más avanzados del mundo: tal vez, pensábamos todos, era la mejor solución. Y aunque Renania no fuese Baviera, parecía un natural retorno a los orígenes. Pero

muy pronto pudimos comprobar que el cuidado asistencial de Ingrid parecía cercar al enfermo con un verdadero cordón sanitario. Estaba clara su decisión de secuestrarlo de nuestro contacto. Cuando llamábamos interesándonos por él, al principio, nos daba largas. Parecía una cuarentena, pero después simplemente nos hizo entender que nuestro amigo no se pondría nunca más al teléfono. Su estado de salud, me dijo a mí, no lo permitía.

En la conciencia me quedó una cicatriz de culpa: no había hecho lo suficiente por despedirme de él o, al menos, así lo sentía yo. Tal vez hubiera debido coger un avión, plantarme en Leverkusen y exigir verlo, forzar la situación hasta donde se suponía debía llegar mi compromiso con él. No hice nada de eso: si había llegado hasta donde me exigía el compromiso, hay que reconocer que me exigía muy poco —unas pocas llamadas de teléfono frustradas bastaron para desalentarme. En abril de 1994, la noticia de que el historiador suizo había dejado de existir, a los pocos días de cumplir ochenta y cinco años, me había condenado al vacío irremediable de un adiós sin despedida. Sus amigos de Madrid hicimos lo que nos parecía indispensable: le enviamos un telegrama a su hermana Elisabeth y yo me encargué de redactar una carta muy sentimental al diario *El País*. Creí que no debía dejar pasar la ocasión sin hacer honor a la última pasión de su vida, pero tuve buen cuidado de no mencionar a su célebre padre. «Golo Mann ha muerto», escribí.

> «Los españoles deben saber que han perdido a un gran amigo. Y cuando se habla de amistad hay que subrayar el respeto sagrado que Golo sentía por esta palabra. Él cumplió su parte con

una lealtad y un esfuerzo asombrosos: a sus 70 años decidió aprender nuestra lengua por inmersión directa, viajó con frecuencia por todo el país, leyó a nuestros clásicos hasta memorizarlos, tradujo a Antonio Machado, Cernuda y Manrique al alemán, y actuó como embajador privilegiado de nuestra cultura en medios en los que, hasta entonces, no se había oído una palabra en castellano. Para ayudarse en lo que él llamaba su sincera "hispanización" se rodeó de amigos españoles —entre los que tuvimos el privilegio de encontrarnos los firmantes de esta carta. No es justo pensar que la generosidad y el afecto que demostró por nosotros fueran un mero asunto personal: a sus ojos éramos una representación de la nueva España, y, en la medida de nuestras posibilidades…».

A los pocos días de que mi carta apareciera publicada, el mismo periódico difundía en su sección de Opinión un largo artículo de Joaquín Leguina, por entonces presidente del gobierno regional de Madrid, bajo un título tan prometedor como *España y Golo Mann*. Pueden comprenderse mis expectativas, y también puede imaginarse la decepción que sentí al verlas defraudadas. Se me hizo enseguida evidente que la muerte de Golo Mann no era más que un oportuno pretexto para que el articulista diese rienda suelta a sus musas desde tan magna tribuna. En el artículo, salpicado de grandes nombres de la cultura europea, Golo ocupaba un lugar bastante secundario. Leguina le manifestaba sus respetos en las primeras líneas y luego, olvidándose de él para los restos, dramatizaba su material a partir de una peripecia, entre angustiosa y novelesca, que había tenido lugar durante la Segunda Guerra Mundial: treintañero, mi amigo había escapado de la

Francia ocupada por el ejército de su país en compañía de dos ilustres parejas. Una la formaban el escritor Heinrich Mann, su tío, y la joven esposa de este, Nelly Kröger; la otra, Alma Mahler, ex de varias celebridades (la única mujer de la que oí hablar a Golo con ojos soñadores), junto a su marido de entonces, el también escritor Franz Werfel. Son estos otros los personajes que verdaderamente interesan a Leguina, y son sus avatares los protagonistas de su escrito. La fuga se produjo a través de la frontera con España en Port Bou, la misma donde pocos días más tarde terminaría suicidándose Walter Benjamin, desesperado porque no se le permitía el paso. Y esto es todo lo que, al parecer, justificaba la presencia de España en el título del artículo.

Algún tiempo después una persona de cierta relevancia en el tinglado cultural del gobierno de Madrid me telefoneó varias veces. Decía representar a un equipo que preparaba el guión de una película sobre ese episodio y me proponía colaborar con ellos. Efectivamente yo había oído relatos de esa aventura en labios de mi amigo, pero me daba una enorme pereza recordar y más pereza todavía colaborar con mis recuerdos en una película sobre cuyo planteamiento podía juzgar por el esbozo de guión que publicara Leguina. Mi frustrado interlocutor insistía e insistía, no podía comprender por qué me negaba. Me recordaba la importancia del proyecto y la relevancia de las personas que estaban detrás del proyecto como si fueran argumentos definitivos para mi rendición, incapaz de comprender que, cuanto más quisiera impresionarme, más antipático me caería y más tajante sería mi desinterés. El argumento del dinero no apareció jamás. Para poner fin a lo que me pareció una verdadera persecución, le dije antes de colgarle por última vez:

—Mira, esa es mi historia. La escribiré yo mismo cuando me parezca oportuno.

Durante quince años siempre estuve seguro de que algún día llegaría ese momento «oportuno», pero hasta ahora nunca había llegado. A lo largo de esos tres lustros, entregado como un eremita a la sensación de no tener que dar cuentas a nadie, mi propósito de no volver la vista atrás se cumplía sin novedad. Probablemente todo hubiera seguido así de no habérseme ocurrido una noche de verano, una noche ociosa del año 2009 de la que no recuerdo nada en particular, teclear su nombre en el buscador de Google. Una de esas cosas que se hacen porque sí, pienso, porque no tienes verdaderamente cosa mejor que hacer —simplemente porque hoy día la tecnología está ahí.

2

SALTANDO DE VÍNCULO en vínculo por la Red, casi sin ton ni son, había desembocado en un texto al que, por el momento, ahorraré el calificativo. Se trataba de la traducción al catalán valenciano de una entrevista firmada por un tal Wolfgang Korruhn, un periodista alemán que había muerto, como luego supe, en 2003. La entrevista había tenido lugar en 1994 y poseía un enorme valor testimonial: pretende ser la última concedida por Golo Mann, publicada de forma póstuma apenas una semana después de su muerte. Supongo que todavía puede encontrarse en Internet. Cuando me topé con ella, el corazón me dio un vuelco. Sentí que, milagrosamente, me concedía la oportunidad que creía perdida sin remedio: era como volver a

oír al hombre de quien no pude despedirme; estar, quince años después, con él hasta el final. Por muchos motivos, me encontraba ante un documento excepcional para mí. No solamente representaba la posibilidad de una despedida, de transformar, en cierto modo, al desaparecido en muerto, sino que, como un símbolo funerario, tenía algo más que un sentido, tenía también una forma. Soy latinista de profesión. Este dato de mi perfil estrechó no poco mi vínculo con Golo, un intelectual educado en una de las tradiciones clásicas más sólidas del mundo, el *Gymnasium* y la Universidad alemana de entreguerras, y quien, aceptando con resignación el crepúsculo de la cultura clásica en nuestro tiempo, calificaba de «noble lujo» mi dedicación a esas materias. Pues bien, a un latinista como yo no se le escapaba que para los grandes escritores romanos (a quienes mi amigo admiraba, en los que mi amigo estaba empapado) las últimas palabras tenían un extraordinario valor; las palabras con que los historiadores antiguos sellaban la boca de sus personajes suponían un verdadero testamento intelectual y vital. ¿Se necesitan más razones? Cualquiera puede imaginarse la avidez y la emoción con que empecé a leer. De nuevo, la decepción fue inmediata y brutal. El título de la entrevista resultaba de lo más adecuado para el retrato que se hacía del difunto: *Golo Mann, el fill «lleig»* —el hijo «feo».

Imagine usted que se topa con un informe sobre uno de sus amigos. En su familia, lee usted, «el suicidio casi forma parte de la normalidad». Dos de sus hermanos mantenían relaciones incestuosas. Uno de ellos se inyectó morfina hasta matarse. Además de drogadicto y amante de su hermana, era por lo visto homosexual. En realidad, en aquella familia de seis hijos no parece que nadie tuviera una sexualidad convencional. Por

mucho que se trate sencillamente de la familia Hombre (así suena para un oído alemán su apellido), dependiendo de la trastienda cultural de cada cual puede uno pensar en los emperadores Julio-Claudios, en los príncipes Borgia o en la familia Monster. El miembro de tan extravagante familia que fue su amigo asegura que hacia su padre solo puede sentir resentimiento y hacia su madre una distancia insuperable. ¿No parece un desgraciado? Este individuo no llama nunca «papá» a su padre, ni siquiera «padre»; se refiere siempre a él por las iniciales de su nombre y apellido, TM, como si fuese un agente secreto. Hacia sus progenitores muestra si no directa hostilidad, a la manera de los personajes trágicos, al menos sí la indiferencia de un Meursault, el protagonista de *El extranjero*. Una indiferencia más que amarga. Mientras su madre agonizaba, confiesa, «me marché a dar un paseo, no quería estar presente en todo el asunto. Cuando volví ya estaba muerta». ¿Presumiría usted de su amistad?

En la versión que encontré en Internet, el texto lleva una entradilla de los editores justificando su traducción y difusión con paradójica buena voluntad: afectados por su reciente fallecimiento, al hacerlo se proponen «ayudar» a los lectores a «entender un poco más al personaje y su entorno familiar». El resultado, si consideramos que se está haciendo la necrológica de uno de los más célebres historiadores de la Alemania contemporánea, nada tiene que ver con una victoria póstuma. La entrevista propiamente dicha está encabezada por un par de líneas en que se advierte al lector, con aire de gran logro, que el entrevistado habló «de los dos grandes tabúes: la casa de sus padres y la homosexualidad». Una cosa sensacional. En la página que la Wikipedia alemana dedica al entrevistador

puede leerse, como uno de sus más relevantes entorchados profesionales: «Golo Mann reconoció su homosexualidad frente a Korruhn pocos días antes de su muerte». Efectivamente, el diálogo no se asoma ni siquiera tangencialmente a la Historia, la Literatura o la Política, los temas sobre los que el hombre que tiene delante había dado conversación toda la vida: Korruhn ha venido por otros asuntos. Como últimas palabras, las que arrancó del «hijo feo» parecían más bien las de un Calígula a punto de ser estrangulado. Sin apearse ni un momento de las chucherías obscenas, a juzgar por su propio texto, saca a colación los ardores homosexuales que Thomas Mann confiesa en sus diarios de vejez, y pregunta a su anciano hijo: «¿A usted le ha pasado esto también?». No contento, quiere saberlo respecto a su madre. Y a renglón seguido se interesa por la primera relación amorosa del entrevistado. Hay un eco oportuno entre el apellido del entrevistador y la palabra «carroña» en castellano: el lector puede sentir el acoso del predador sobre su presa, enfermo de un cáncer de próstata terminal, a quien el propio periodista representa como «un pequeño anciano» que «se apoya con una mano sobre un bastón cuya asa está envuelta en una venda de gasa». Conforme leía, mi perplejidad no paraba de agrandarse. Lo que en un principio me había sorprendido y luego disgustado iba poco a poco sumiéndome en la indignación.

No soy un tipo rápido. Habitualmente tengo que alejarme de las personas y las cosas para darme cuenta, de verdad, de qué ha pasado. Durante unos días le estuve dando vueltas a mi hallazgo como si fuera una mera curiosidad, aunque fuera una curiosidad de muy mal gusto. Cuando investigué sobre Korruhn y descubrí que ya había muerto, me fui enfriando,

pero solo para que en mi imaginación fuese tomando forma una frustración aún más incómoda y dura de ignorar.

Lo que de verdad me dejó una huella (y que a la postre desencadenaría una respuesta) fue que la entrevista de Leverkusen, de tan hondo calado humano, solo pudo llevarse a cabo con la connivencia de la nuera del entrevistado, la dueña de la casa donde tuvo lugar, su enfermera. Aquella mujer era la misma que a nosotros, sus amigos personales, nos había negado una simple conversación telefónica con Golo desde mucho antes del día en que esta entrevista se produjera. En cambio, había concertado (era obvio) y permitido algo que hubiese resultado imposible si ella hubiera exhibido contra el periodista el mismo celo protector, el mismo carácter hecho de alambre de espino que había mostrado frente a los amigos personales de su suegro: que aquel pobre viejo perdido en sus delirios fuese sometido al tercer grado y sonsacado sobre los aspectos más sórdidos de su vida y, en última instancia, los más insignificantes, sin la menor reserva de pudor. ¿Qué clase de solemne argumento podría tener para hacer algo así? En un momento de la entrevista, Korruhn hace aparecer a la mujer en la sala y, aprovechando que Golo se ausenta, nos la representa hablando en voz baja a sus espaldas: «Creo que odiaba a su padre», dice ella, escribe el reportero. Y como una cotilla cualquiera Frau Beck-Mann refiere una anécdota reciente que causa dolor leer: un día Golo le pregunta a su nuera si hay algún extraño en la casa y, como ella le responde que no, el viejo musita aterrorizado:

—Entonces se me ha vuelto a aparecer TM.

¿Cómo pudo permitir esa protectora mujer, me preguntaba, que aquella entrevista del más carroñero amarillismo se

produjese en semejantes condiciones y, ya que se había producido, cómo pudo consentir que se hiciese pública? Y las respuestas que me daba de repente empezaban a poner en cuestión los derechos que yo mismo me había otorgado para abandonarlo todo en relación a mi amigo, incluido por qué siempre me había encogido de hombros respecto a lo sucedido con su legado.

3

La voluntad de Golo Mann, al menos la voluntad que manifestó reiteradamente mientras estuvo lúcido y sin ver apariciones, no parecía haberse respetado gran cosa. A sus amigos españoles siempre nos prometió que, a su muerte, nuestras cartas, que guardaba debidamente agrupadas en carpetillas de colores, nos serían devueltas. No fue así: esas cartas están ahora depositadas en el Archivo Literario Suizo, en Berna, donde podemos consultarlas pero sin que por lo visto tengamos derecho a recuperarlas. La tumba del «hijo feo» está en Suiza, en lo que llamaríamos el panteón familiar de Kilchberg, a pesar de que en vida Golo manifestó en numerosas ocasiones su voluntad no tanto de ser enterrado en un lugar concreto, como de *no* ser enterrado allí. A Korruhn le confiesa su deseo de una sepultura en las afueras de Múnich, junto al lago. ¿Sería cosa de la demencia senil y de la enfermedad terminal? Siete años antes, en octubre de 1987, cuando tiene setenta y ocho, el dominical del *Corriere della Sera* había publicado una larga entrevista firmada por Lazzero Ricciotti en dos entregas sucesivas. El humor del entre-

vistado es triste (hace apenas una semana, dice, ha desaparecido su compañía de los últimos años, su perra Bjelka) pero no está en absoluto gagá. Aunque el periodista italiano no parece capaz de apreciarla, tiene muy viva su ironía. Golo le expresa su nulo interés por una tumba en Kilchberg de la más pintoresca de las maneras: sueña con retirarse a un convento español, donde los seglares son admitidos junto a los monjes, dice. ¡Como Carlos V! «La entrevista es un poco confusa porque él hablaba italiano y yo alemán o español», me contaba Golo en una carta. «La idea de pasar mis últimos años de vida en un convento en España no era tan seria: medio chiste, medio la más remota posibilidad». Ricciotti prefirió ignorar la parte de broma y convirtió esa fantástica ingenuidad en una exclusiva. En cualquier caso, ¿queda alguna duda de que GM no quería por nada de este mundo que sus restos compartiesen solar con TM?

Pero había más. Yo siempre había tenido buenas razones para pensar que lo que habitualmente se denominan «últimas voluntades» habían sido de algún modo adulteradas. Hablo de su testamento. Durante los años en que lo conocí, el difunto Dieter Chenaux-Repond fue embajador de Suiza en Turquía primero, luego en Japón, más tarde (habida cuenta de que la Confederación Helvética no era miembro de pleno derecho de la organización) Observador Permanente ante la ONU en Nueva York. En sus últimos años de actividad y como culminación de su carrera, fue distinguido para representar a su país en la Alemania reunificada. Como se espera de su profesión, era un políglota consumado. Víctima precoz del alcoholismo, algo tampoco infrecuente entre sus colegas, sabía cultivar admirables talentos. Virtuoso pianista de jazz, estaba ciertamente dotado de tacto diplomático y de humor, era culto y refinado. No obstan-

te, y para mi gusto, Dieter era un hombre demasiado contradictorio. Tenía apellido francés y un físico ni atlético ni atractivo, cetrino, sin cuello, del género tripón, con una voz aflautada y el cutis del rostro señalado por alguna como viruela —pero no había manera de acomplejar su orgullo por la estirpe germánica a la que sentía pertenecer. También en sentido inverso: podía resultar un punto demasiado consciente de su posición social y, sin embargo, no tenía empacho en establecer relaciones de amistad con los jóvenes hispanos de los que Golo se rodeaba, unos tipos de extracción tan baja que mejor sería decir profunda. Eso no significaba que le impresionase la cultura española y, de hecho, le gustaba quejarse de la aspereza del castellano, algo que a mí me costaba perdonarle. La casualidad quiso que la noche en que murió Golo nos hubiéramos reunido con él en Madrid por primera vez en unos tres años. Durante la cena, como es natural, habíamos hablado mucho de nuestro eminente amigo, punto de referencia y preocupación común. Al embajador le darían la noticia de su fallecimiento en el avión mismo en que regresaba a Ginebra. Telefoneó al poner los pies en el aeropuerto, donde, parece ser, ya le esperaban los periodistas.

Las vacaciones lo habían unido con Golo Mann. Chenaux-Repond había adquirido una hermosa casona del siglo XVIII, *Casa Leone*, que dominaba con su característica *loggia* el centro de Berzona, la bucólica aldea del cantón Ticino convertida en lugar de rústica elegancia por méritos de su naturaleza y gracias a que gentes como el propio Golo, Max Frisch, Alfred Andersch y otros intelectuales y artistas alemanes o suizo-alemanes habían instalado allí su residencia permanente o estacional. A raíz de esa vecindad, su relación con Golo se había estrechado con los años hasta llegar a convertirse en deposi-

tario de uno de los más queridos proyectos del historiador: la Fundación Mataruc.

Mataruc (la «roca loca» en dialecto del lugar) era el nombre que recibía la joroba de tierra sobre la que se había construido la casa de Golo Mann en las afueras de Berzona, a la entrada del bosque, entre el río y una ermita. Y la *idea*, madurada en sus aspectos jurídicos e institucionales con ayuda del abogado Ernst Walder, era que, a la muerte de su propietario, casa y parcela serían legadas, junto con una dotación económica, como sede de una fundación para la cultura, la literatura y las artes. De acuerdo con esos planes, Dieter sería su presidente. Pero la relación entre Dieter y Golo se deterioró siguiendo un proceso consistente, para este perplejo observador, en que el profesor pareció descubrir de pronto en el embajador todos los vicios —incluso aquellos que él mismo había compartido con gusto en otros momentos, como la afición por el buen licor. En ese infeliz descubrimiento, la intervención de Ingrid tuvo no poco que ver. In extremis, Golo desapareció en Leverkusen, su albacea y abogado durante más de veinte años, Herr Walder, fue destituido y, como pudimos comprobar todos llegado el momento, su testamento sería modificado para nombrar a Ingrid Beck-Mann heredera universal y borrar cualquier rastro de la Fundación Mataruc. Dieter Chenaux se atrevió a presentarse para hacerle una visita, pero Golo poco menos que le levantó el bastón. En aquellas circunstancias, la situación del anciano era un asunto ineludible. Con fecha 23 de mayo de 1993, le escribí una notita al embajador:

> Si quieres mi opinión, aunque toda esta historia tiene un feo regusto a secuestro, no creo que haya mucho que nosotros poda-

mos hacer mientras nuestro amigo esté vivo. Después, sea cuando sea, la cuestión es por qué tendríamos que cruzarnos de brazos y quedarnos mirando mientras los que todos sabemos fueron sus deseos e ilusiones terminan en una papelera.

Me daba cuenta ahora, en 2009, de que había permitido que pasasen muchas cosas sin exigir explicaciones, que sueños importantes de Golo Mann en el crepúsculo de su vida se habían desvanecido como el humo —que si yo le debía algo a aquel hombre, era el momento de honrarlo. Pensé que no debía dejar pasar lo que consideraba una traición a su memoria sin una respuesta, y que esa respuesta solo podía consistir en relatar mi parte en la historia de mi amigo. «Sea cuando sea» era quince años después: el momento oportuno había llegado por fin.

Pero tres lustros después era un poco tarde para mi heroico y caballeresco desafío: el dragón había desaparecido de la faz de la tierra. Cuando comencé a pergeñar este libro y recabar información no tenía ni idea de cómo había acabado la historia y, cuando lo supe, no pude por menos que sentirme desolado. Ingrid Beck-Mann falleció en 2005, rica y loca. La misma pía labor de acogimiento y cuidados que dedicó a su suegro la había desempeñado antes con la hermana de este, Monika. También ella había venido a morir a Leverkusen después de enviudar e intentar una convivencia imposible en Kilchberg con Golo. El trabajo de la enfermera recibiría una recompensa inusitada: fue heredera única de la fortuna de ambos hermanos por especial disposición testamentaria. Por lo visto, consiguió eludir a la familia carnal de su suegro incluso durante el funeral (pienso de pronto: ¿sonaría la *Kreisleriana* de Schumann, sonaría su segundo movimiento? En numerosas ocasiones Golo nos había manifestado su deseo de

que esa bella pieza de piano que debía tocarse con mucho sentimiento, pero sin prisa, se escuchase durante la ceremonia: ¿alguien se ocupó de ese detalle?) y, a continuación, vendió la casa del lago de Zúrich en la que la familia Mann había residido durante cuarenta años, junto con todo su inventario, sin encomendarse a dios ni al diablo. Hasta su propia desaparición había tenido tiempo de regalar óleos, vajillas de plata, collares de perlas y otras pertenencias de la familia a quienes se le antojó.

Dos años antes de su propia muerte, el juzgado de primera instancia de Leverkusen, alarmado por la posibilidad de que su convecina liquidase a la rebatina la herencia de la familia Mann, decidió incoar un expediente sobre el asunto. Su médico de cabecera había redactado entonces un informe declarando a su paciente perfectamente cuerda («No es más que una mujer generosa», había escrito) y descartando expresamente la necesidad de amparo psiquiátrico para la heredera. Fue un extraño error de la eficiencia alemana. Solo tras la muerte de Ingrid, en un manicomio y bajo tratamiento, el diario *Frankfurter Allgemeine Zeitung* publicó un artículo denunciando el despojo del legado familiar —y el médico de cabecera, que resultó ser el principal beneficiario de sus generosas donaciones, se mostró dispuesto a negociar.

4

Cuando quise ponerme a investigar, todo se sabía ya. Precisamente en 2009, coincidiendo con el centenario del nacimiento de Golo Mann, apareció en el mercado literario una nueva biogra-

fía cuyo autor, Tilmann Lahme, era apenas un estudiante cuando murió su protagonista. En un breve epílogo reconstruye el desgraciado final de la historia de su herencia, incluyendo el frustrado proyecto de Fundación en Berzona. Cuando lo leí, me sorprendió que lo mencionase con tanto detalle. ¿Quién podía habérselo contado? No había mucha gente al tanto porque Golo disfrutaba del misterio o, simplemente, eludía el tema para evitar protagonismo. Es posible que, fuera de su círculo más estrecho, de nosotros, los españoles, de Dieter Chenaux-Repond como presidente in péctore y de Ernst Walder como partero jurídico, su promotor se lo hubiese mencionado a su gran amiga Margaret Campbell Geddes, la princesa de Hesse. Pero tanto Margaret como Dieter como Walder —todos habían muerto. ¿Pudo hablar Lahme con alguno de ellos antes de su desaparición? Más sencillo como explicación, quizá, resulta pensar que haya tenido acceso sin problemas a los textos íntimos del biografiado.

Este libro no es ninguna tesis doctoral, para mi descanso no pertenece a ninguna de las categorías de la literatura académica. No tengo, por tanto, la pretensión de agotar la bibliografía sobre el tema, ni siquiera de conocerla medianamente bien, pero he ido averiguando que, desde la muerte del profesor, se ha publicado un nuevo tomo de sus memorias, un par de biografías exhaustivas y una recopilación de su correspondencia. Como prueba el material que se maneja en esas publicaciones, otro deseo suyo se ha ignorado: el de que se respetase un período prudencial de tiempo tras su desaparición para disponer públicamente de cartas y diarios, plazo que él cifraba en veinte años.

Ciertamente Lahme no había cruzado ni conmigo ni con ningún otro de los amigos españoles de Golo Mann una sola palabra. Conocí la existencia misma de su biografía gracias a

otra entrevista, publicada en la edición digital de la revista alemana *Frankfurter Rundschau*, con la que me había topado poco más o menos por el mismo método por el que llegué a la primera. El entrevistado era aquí Rüdi Bliggenstorfer, un expaparazzo suizo que se ha hecho una nueva vida en Sudáfrica y con quien Golo mantuvo una larga relación de amistad. Todos lo conocíamos entonces como Bliggi. Durante años había sido chófer y acompañante suyo en un buen número de viajes. El biógrafo había entrado en contacto con él y, gracias a ese informante privilegiado, había podido reconstruir con más detalle un mundo en el que su biografiado siempre se movió de una manera discreta. Por su parte, el periodista de la Rundschau, David Signer, solo parece tener en agenda el único tema psicosexual, digamos, que obsesiona al periodismo alemán sobre la familia: la entradilla del artículo nos informa de que Bliggi «habla sobre la homosexualidad reprimida de Mann y la superioridad de la madre, Katja». Alérgico a cualquier discreción, el periodista había rebuscado en los archivos: «Solo pocos días antes de su muerte, reconoció públicamente su homosexualidad en una entrevista». Sí, aquel hombre era gay, confirma Bliggi. El artículo aparece ilustrado con dos fotografías, una de Bliggi *jeune homme*, con una hermosa melena rubia y una mirada a lo Tazio y, más abajo en la columna, otra de Golo que yo conocía bien: se la había hecho el embajador Chenaux-Repond, apoyado en la jamba de la puerta de Kilchberg, y su inquilino aparece con un gesto no sabría decir si sereno, cansado o melancólico.

No tengo argumentos para juzgar a Bliggi. De hecho, nunca he llegado a conocerlo personalmente. Nosotros entramos en la vida de Golo más o menos cuando él salía: en 1983 se mar-

chó lo más lejos de Suiza y lo más al sur que pudo, y allí, en África, después de claudicar de su pretensión de vivir como fotógrafo de prensa, se había dedicado a la experimentación agrícola. En la entrevista, Bliggenstorfer, el hombre maduro, trae a colación nuestra existencia: «Después de la muerte de su madre acogía estudiantes en su casa de Kilchberg, sobre todo jóvenes españoles, que le echaban una mano en la casa y el jardín y con los que conversaba en su idioma». No solo conversaba, habría que decir: también se carteaba. Del inventario elaborado por el Archivo Literario Suizo, que cualquiera puede consultar en la Red, un dato salta a la vista: los firmantes individuales de más cartas conservadas por Golo Mann, solo por detrás de amigos tan cercanos y duraderos como Manuel Gasser o Margaret von Hessen, tienen nombres y apellidos castellanos. Si tomamos en consideración a quienes mantuvimos con él una correspondencia que suma un total de más de ciento sesenta cartas depositadas en Berna, los «jóvenes estudiantes españoles» éramos en realidad tres españoles y un mexicano de origen, algo mayor que los demás. Fue Francisco Olivo, el mexicano, quien sirvió de conexión entre nosotros. Primero el rubio Guti, luego mi hermano Alberto y yo. A través de nosotros, novias y novios, hermanos y amigos pudieron también disfrutar en su momento de la hospitalidad sin límite de quien llamaré sin más rodeos nuestro protector. Naturalmente interesado en promocionar el trabajo de Lehmann, con el que ha colaborado, Bliggi halla en falta la biografía de Urs Bitterli, la primera que apareció, en 2004, solemne y un poco hagiográfica. Se queja de que, en sus setecientas páginas, la relación de quince años que mantuvo Mann con dichos jóvenes españoles se reduce a un par de líneas que pasarían inadvertidas a un lec-

tor poco cuidadoso. Era exactamente la misma observación que yo me hice cuando la leí. En esas líneas no hay sitio ni para uno solo de nuestros nombres. Calcular que, entre todos, no pesábamos más que un anónimo renglón de una densa biografía de setecientas páginas resultaba duro y extraño para quienes (tendrán que creerme por el momento) formamos el núcleo duro de sus relaciones durante el último tramo de su vida lúcida. Dejaré al lector a solas tratando de explicarse esa significativa ausencia de lo evidente y reflexionando sobre el valor y el rigor de ciertas investigaciones.

Esta vez, cuando encontré la entrevista no me encontraba solo en una tarde de murria navegando al azar, sino precisamente en compañía de mi hermano Alberto y de nuestro amigo Paco el mexicano, en la sobremesa de una comida y en busca de recuerdos comunes. Alberto, quien sí coincidió con él en Suiza, habla del «pícaro» Bliggi con humor. En cuanto a lo que piensa Paco, dedúzcase de lo que sigue. A mitad de la entrevista, Bliggi llama la atención sobre *el tema* que Urs Bitterli había tratado como si pisase carbones encendidos, de puntillas y mirando hacia otra parte: la sexualidad de Golo. A la pregunta nada elíptica «Entonces, ¿tuvo alguna vez pareja, amantes?», el entrevistado, después de identificar a un par de personas, añade: «Más tarde está Francisco, que nunca me gustó. Un bocazas con una opinión muy alta de sí mismo y una actitud terriblemente pomposa. "Quien me quiere tener, tiene que pagar" —es una frase suya que me impactó». Cualquiera podrá imaginarse, a su vez, el impacto que le produjo a Francisco Abel Olivo Venegas, a quien me vengo refiriendo como Paco, leer esto por primera vez en la misma pantalla en que lo leía yo. ¿Qué puede pensar él de Rüdi Bliggenstorfer? Bueno,

¿qué puedes pensar de alguien que manifiesta públicamente (animado quizá por el anonimato en que queda el acusado) que alguna vez has presumido de prostituirte? La antipatía es mutua y correspondida. Habida cuenta de que Paco llegó a la vida del gay Golo Mann en calidad de chófer para sustituir precisamente a Bliggi, esa supuesta cita de la que se ha borrado todo contexto e ironía no deja de tener un regusto lacaniano.

Después de esa confidencia sobre Paco al periodista, el tono del catálogo de amores de Golo que hace su interlocutor cambia drásticamente de afecto para referirse a José Francisco García Gutiérrez, cuya pista he perdido en los últimos tiempos. Quizá porque la chiripa ha hecho que, igual que al propio entrevistado, la familiaridad le haya dejado al hoy doctor en medicina un apellido recortado por apelativo, Bliggenstorfer siente hacia él algo más de simpatía: «Gutiérrez, conocido como Guti, era totalmente diferente». En su recuerdo, el rubio Guti era muy grande, pálido, delgado y encantador. Se ajustaba, dice, a la idea que Golo Mann tenía del estudiante esforzado, trabajador, cultivado, algo enfermizo y proveniente de un entorno pobre. Como quien hace una revelación, Bliggi recuerda que le había dicho sobre él: «No puedes imaginarte cómo quiero a ese muchacho. El amor más puro y más casto que puede haber, y seguramente también el último».

¿Qué pensará Guti al leer eso?, ¿lo habrá leído?, ¿llegará a leerlo?

Bliggi no hace mención específica de los hermanos Conde, pero la descripción que ofrece del casto ideal efébico de Golo Mann es bueno para Guti y podría cuadrar muy bien con cualquiera de nosotros cuatro: todos leíamos mucho y escribíamos; modestamente, éramos políglotas. Más difícil es atribuir

la palidez a Paco (a quien la edad le va aguzando los rasgos indios) y lo enfermizo a Alberto o a mí —aunque si vemos fotografías de aquellos tiempos, uno nadie diría que estuviéramos sobrealimentados. Sobre la humildad de nuestras familias, no cabía la menor duda.

Al propio Golo le oí cosas muy dispares sobre Bliggi: a veces hablaba de él con admiración por su ingenio, por su audacia probada y en especial por su inventiva. En otras ocasiones, sin embargo, Golo se quejaba de no poder librarse del todo de su presencia y sus exigencias, que llegaban a incomodarlo, y se servía de él como mal ejemplo: «Con Bliggi acabó la marihuana», decía, como si describiese la clase de horticultura en la que su antiguo chófer estaba verdaderamente interesado.

5

NO CREO EN EL MÉRITO y, por lo tanto, tampoco creo seriamente en los agradecimientos. Aunque sentirlo sea de bien nacidos, nunca se *debe* agradecimiento, como si fuese el balance razonable de un regalo recibido, porque tampoco hay agradecimiento *merecido*. Creo que uno hace lo que debe, o lo que quiere, o lo que puede, o todo eso a la vez, pero nadie hace lo que no puede hacer. Golo podía hacer con nosotros lo que hizo, y lo quería. Se dirá que no estaba obligado a hacerlo, que igual podría no haberle apetecido —pero le apeteció, y no hay mucho más que hablar al respecto. Resulta evidente que sentía que, con la cercanía y el afecto de los jóvenes españoles, su vida era mejor y en ningún momento dio la impresión de que estuviera

pagando un precio por ello, en ningún sentido. Tengo la firme convicción de que él compartía esta opinión. En una nota y junto a un envío de dinero, me escribía desenfadadamente: «Es un caso en que tu psicología —*psychologia pathologica idiosyncratica*— está en lo cierto: es divertido para mí, no para ti, y soy yo quien debe estarte agradecido, no tú a mí».

Y a pesar de eso, a pesar de que no veo un mérito especial en lo que hizo, tratándose de quien era y en su posición, siento un enorme agradecimiento hacia él. Agradezco a su humanidad el deseo de rodearse de gente a la que querer, y a su curiosidad el que fuesemos nosotros, hablantes de castellano, los que la sedujesen. Agradezco a su talento que supiera reconocernos, valorarnos y considerarnos dignos de su compañía y de su confianza, y en consecuencia beneficiarios de esa suerte. Aprovechándome de ella, diré ahora, también yo le hice una entrevista a Golo Mann. O más bien publiqué una entrevista a Golo Mann, porque, si hubiera que ser del todo sinceros, no dejó de ser una *falsa* entrevista. Durante los últimos años de la década de los ochenta colaboré con el diario madrileño *El País*. En 1989, con motivo de la edición española de su primera entrega de memorias, *Una juventud alemana*, y en atención a mi relación personal con el autor, se me encargó una reseña del libro acompañada de una entrevista[1]. En realidad nunca le hice esa entrevista o, mejor dicho, precisamente *esa* conversación nunca tuvo lugar: lo que *El País* publicó era una composición personal de muchas conversaciones con él a lo largo del tiempo. Cuando surgió el encargo, yo no podía dejarlo todo y plantarme en Zúrich. Oportunamente, mi hermano

[1] El lector interesado puede consultarlas en el Anexo.

Alberto estaba allí, así que le envié unas preguntas redactadas y le encargué que recogiera las respuestas de nuestro amigo en una grabadora. Manejé las audiciones para preparar el trabajo, sí, pero a la hora de la verdad hice lo que podríamos llamar una ficción verdadera. En definitiva, la entrevista cara a cara no era más que un formato: preferí seguir un breve relato hilvanado de las impresiones que el tiempo había dejado en mi memoria y, naturalmente, no se me ocurrió una sola palabra sobre su vida sexual o la de sus parientes. Tuve la oportunidad de hacer un sumario personal e intelectual, de su forma de ser y de pensar, a través de sus palabras y de su escritura. Y lo hice. Y creo que no lo hice mal. Recibí felicitaciones por el resultado y, por supuesto, nadie sospechó siquiera que, al final y muy sui géneris, la entrevista era un honrado montaje. Supongo que simplemente debo llamarlo periodismo.

Publicada el domingo 9 de abril, la entrevista aparecía ilustrada con una fotografía personal del protagonista, que se perdería para siempre entre las monstruosas tripas del periódico, y llevaba por título una de sus ideas básicas como historiador —además de una rotunda declaración de principios antimarxista: «La ley histórica no existe». Golo acababa de cumplir ochenta años. Desde mi fingida distancia de periodista neutral, mi presentación del «hijo feo» de Thomas Mann era la de un anciano «de movimientos parsimoniosos, de aspecto bondadoso y hasta infantil» que «despierta inmediatamente confianza e incluso ternura». Por mucho que pretendía frialdad profesional, mis sustantivos me traicionaban. Y, más abajo, en la reseña de sus memorias, escribía: «Nos habla con voz propia un hombre que solo lentamente y sostenido por una admirable disciplina, pudo adquirirla». También, también los

adjetivos me traicionaban. Por lo demás, la oportunidad de las frases, el tono, el ensamblaje —cuanto se decía en aquella entrevista sobre Golo Mann solo podía contarlo alguno de nosotros, uno como yo, alguien que había podido moverse con tanta comodidad por los paisajes mentales de sus últimos años. Nada podía ser más tendencioso y, paradójicamente, nada podía ser más justo.

Cigüeñas de verano

I

El mes de junio de 1982 puso a prueba el orgullo de los argentinos. En Barcelona, en el partido que inauguraba el Campeonato Mundial, su selección nacional de fútbol perdió cero a uno contra la de Bélgica. De nada sirvió frente a los defensas europeos la presencia en el terreno de juego de Diego Armando Maradona, su grandísimo genio. Al día siguiente, su ejército se rendía al británico en las islas Malvinas. A la misma hora en que los mimados futbolistas jugaban a la pelota al calor del Mediterráneo, sus compañeros de quinta se desangraban en las trincheras heladas del Atlántico Sur. También para nada. Entre el desastre y el absurdo, a sus compatriotas quizá les quedase el consuelo de saber que ese día señalaba también el principio del fin de su siniestra dictadura.

Mientras el mundo veía a Argentina perder su partido, la aviación israelí bombardeaba a la población de Beirut sin res-

petar siquiera a los que estaban ingresados en los hospitales. O quizá sería mejor decir que, mientras la aviación israelí bombardeaba a la población de Beirut sin respetar siquiera a los que estaban ingresados en los hospitales, el mundo estaba viendo a Bélgica ganar su partido de fútbol. No muy lejos en términos relativos, los ejércitos de Irán e Iraq, con la persistencia obstinada de sus nombres, ensangrentaban el desierto con mutuas bajas: todavía no sabíamos que llegaría a ser la guerra de la década y terminaría sin que hubiéramos podido decidir a qué o a quién podían aprovechar tantísimos muertos.

Entre sol y sombra, sin alharacas pero tampoco sin excesiva discreción, celoso quizá de las victorias militares públicamente retransmitidas de su amiga Margaret Thatcher, el presidente de Estados Unidos, Ronald Reagan, apostaba el buque de guerra *USS Tripple* frente a las costas de Nicaragua, desde donde espiaba a los dirigentes sandinistas y apoyaba los movimientos de la Contra, el ejército de mercenarios encargados de combatir la voluntad popular nicaragüense y su gobierno a tiro limpio. Los anglos seguían jodiendo a los hispanos como de costumbre.

En serena armonía, el Papa Juan Pablo II pronunciaba una breve alocución en Roma ante los miembros del Lions Club International de Francia, agradeciéndoles sus esfuerzos por la liberación de Polonia (la voluntad de Dios, sin necesidad de pruebas mayores), que cumplía ya seis meses bajo la ley marcial. Por este y otros motivos, también el Papa polaco sería duramente puesto a prueba: cinco días más tarde de la audiencia a tan caritativa organización, el cuerpo de Roberto Calvi, presidente del Banco Ambrosiano y apodado *el banquero de Dios*, aparecía colgando de una soga en un puente de Londres.

¿Qué había sucedido? Incapaz de transmitir una secuencia clara y lógica, la prensa pegaba brochazos acá y allá que, como en la mejor tradición impresionista, debían solo adquirir forma y sentido en los ojos entornados de los lectores: la Banca del Vaticano era el primer accionista del Ambrosiano, al que se había acusado de blanquear ingentes cantidades de dinero de la mafia y el narcotráfico (si es que eran cosas distintas), aparte de (o junto a, o con el fin de) derivar fondos secretos de Estados Unidos al sindicato polaco Solidaridad y a los Contras en Nicaragua.

Parecido en cierto modo al SIDA, al que acababa de ponerse nombre, cual virus mutante y cada vez menos reconocible, el dinero sufría extrañas metamorfosis y con él sus gestores. El Sistema Monetario Europeo se veía estragado por lo que en lenguaje oficial se denominaba un «reajuste técnico» que había obligado a devaluar, por segunda vez en nueve meses, las divisas del continente y forzado al presidente francés François Mitterrand, socialista de toda la vida, a un plan de «austeridad» que exigía (no hace falta decir a quiénes) «esfuerzo» y «solidaridad». Todo eso resultará sin duda familiar a mi lector actual: se estaban poniendo a punto mecanismos y lenguajes duraderos. Incluso en España, el lunes en que capituló el ejército argentino, el consejero delegado del Banco Hispano Americano anunciaba: «Nos encontramos en el umbral de una nueva era bancaria».

Sin embargo las primeras planas de los periódicos no eran para la economía: disputándole espacio en tinta impresa al Mundial de Fútbol, las ocupaba la Guardia Civil. Mientras se iniciaba un juicio contra tres números de la Benemérita que, el año anterior, habían torturado, acribillado a balazos y que-

mado dentro de un coche a tres chavales que se habían ido a pasar unos días de vacaciones a Almería, otro de los miembros del Cuerpo era asesinado en un atentado en el puerto guipuzcoano de Pasajes. O quizá fuese mejor decir que, mientras un miembro de la Benemérita era asesinado en un atentado en el puerto guipuzcoano de Pasajes, se iniciaba un juicio contra otros tres de sus números que, el año anterior, habían torturado, etcétera, etcétera, etcétera.

En lo meteorológico la jornada era muy parecida a las de la semana anterior. Digamos que podría ser un día representativo de la primavera nacional: en el tercio norte hubo chubascos dispersos, pero en las restantes regiones peninsulares predominaba el ambiente soleado, más cuanto más al sur. La eternidad reinaba en el cielo y el día a día en la Tierra, como han decidido los dioses. Aquel mismo lunes de junio de 1982, bajo un cielo parcialmente cubierto y una dulce temperatura de veintitrés grados, el mismo número de años que yo tenía, concluí mi carrera de filología clásica en Salamanca. Dejaba atrás cinco largos años de latín y griego al dictado de los profesores. Después de entregar mi último examen escrito, cerré ceremoniosamente el gran portón de una de las aulas del palacio de Anaya, un aula grande y hermosa, lo recuerdo bien, que tenía ventanas al patio renacentista y a la calle Palominos. ¡Con qué inmenso alivio! El portazo resonó en la galería, una penumbra espesa entre la luz del exterior y la que llegaba del patio acaramelada y empolvada por la arenisca. De aquel golpe se me sacudieron de encima veinte años de disciplina escolar y académica. ¿Cómo olvidarlo? Había llegado al final. Por fin, ya era un licenciado. Es esta una palabra que hoy día habría que traducir técnicamente por «graduado», pero que

acepta una interpretación universal: tenía la sensación de que ahora empezaba la vida.

2

El plan inmediato era muy simple: marcharme a Zúrich y ponerme a trabajar. Me veía atrapado en una lógica condenadamente circular: necesitaba dinero suficiente para aguantar un año de mili; necesitaba viajar al extranjero para conseguirlo; necesitaba un pasaporte en regla para marcharme; necesitaba hacer la mili para no quedarme sin pasaporte. Era un dibujo de Escher, sin salida.

A finales de los años setenta y principios de los ochenta, a los emigrantes, digamos, estables, unos dos millones que España tenía exportados por el mundo buscándose la vida con sus familias, se añadían los estacionales. Por aquellos años no éramos en absoluto raros los estudiantes que empleábamos el tiempo libre *subiendo* a un país europeo más rico (o sea, cualquiera menos Portugal) para *sacarnos una beca* que nos permitiera, en mayor o menor medida, cubrir nuestros gastos del curso. Así que al llegar las vacaciones hacíamos los bártulos y poníamos proa al norte. «Como las cigüeñas», decía una novia que tuve. Éramos una bandada nutrida, en todo caso: alguien de los servicios de la Universidad me aseguró que, uno de aquellos veranos, la cifra de estudiantes salmantinos en Zúrich rondaba los cuatrocientos. Durante los años gaseosos de la especulación y las burbujas llegué a pensar, como todo el mundo, que aquella trashumancia era agua pasada, batalli-

tas para mis nietos que fruncirían el ceño incrédulos, pero me equivocaba: «movilidad exterior» la llamaría una ministra de estos tiempos, creyendo que hace poesía.

La primera vez fue coser y cantar. Acababa de cumplir dieciocho años y me sentía un hombre, así que hablé con mi padre, que se ganaba la vida —y él me perdonará— como «capitán de pateras»: conducía autocares de la empresa (próspera hoy y rica gracias a eso) que pagaba la licencia para traficar con emigrantes desde Salamanca hasta Francia, Suiza y Alemania. No tuvo más que preguntar en el hotel donde aparcaban y pernoctaban en Zúrich y, al llegar el verano, yo estaba trabajando de chico-para-todo en un edificio sólido y moderno con apariencia tradicional al final de la Limmatstrasse, muy a mano de la estación central, aunque la zona no gozara de la mejor reputación. Al principio la cosa era así de sencilla. Ni contratos, ni papeles, ni permisos: las bandadas estivales de cigüeñas jóvenes y bien formadas éramos muy convenientes para la economía del lugar porque cubríamos las bajas y licencias por vacaciones del personal regular a precios de ganga. Pero, ay, la ideología es más poderosa incluso que la economía: la burocracia, creía entonces, la xenofobia, pienso hoy, empezó a ensuciar las cosas. Había que dar más, muchas más vueltas, jugándotela con los inspectores en los tranvías (puesto que viajábamos por sistema sin billete) y, llamaras a la puerta que llamaras, en todas partes te preguntaban por el maldito permiso de trabajo.

En el verano de 1982 mi hermano Alberto ya estaba allí. Vivía en lo que alguien motejaría hoy, siguiendo la misma lógica, de «piso patera»: un apartamento del extrarradio donde se hacinaban un buen montón de estudiantes de Salamanca y un

grupo de jóvenes *alternativos* suizos. Desde que se marchó había hablado con él un par de veces por teléfono, siempre con mucha prisa, y no me había dado muchos detalles. Eran tiempos en que los únicos celulares los tenía la policía; aparte de la correspondencia, demasiado lenta para nuestras urgencias del momento, no quedaba otro remedio que esperar sus llamadas, y aquellas conferencias le rascaban el fondo de su ya disminuido bolsillo. Sus noticias no eran muy alentadoras: llevaba allí ya dos semanas sin encontrar trabajo. La policía de extranjeros (la temible *Fremdenpolizei*, un cuerpo parido por la xenofobia y sin equivalente en ningún otro lugar del mundo que yo haya visitado) estaba más dura que nunca, se lamentaba, y era muy difícil encontrar quien te contratara. Aunque el viaje hasta Zúrich parecía una empresa que se ceñía estrictamente a la ortodoxia, un acto de libre iniciativa y amor por el riesgo, en el paraíso capitalista nadie se atrevía a premiártelo con trabajo *negro*.

Las cigüeñas no hacen turismo: migran para soportar la vida y encontrar los medios de vivirla. Pese a que era el sitio donde *pasábamos* nuestras vacaciones, Suiza no era el lugar que los estudiantes de Salamanca hubiéramos elegido para *estar de* vacaciones. No hace mucho vi una película, *Un franco, catorce pesetas*, dirigida por Carlos Iglesias, una enternecedora recreación de situaciones tan parecidas a las nuestras que me tuvo todo el rato al borde de las lágrimas. En una escena, el protagonista robaba comida en un supermercado de la popular cadena Migros. Lo confesaré con la esperanza de que el delito haya prescrito: nosotros hacíamos lo mismo en la sucursal de la calle Limmat. Los precios de Zúrich, una de las ciudades más caras de Europa, por no decir del mun-

do, nos desarmaban, y la única manera de volver a casa con algo de dinero era reducir al mínimo el consumo. Había que coger y no dejar. Así que podía ponerme en el lugar de Alberto —podía imaginarme perfectamente lo que significaban dos semanas de gastos sin ingresos. El tiempo pasaba y con él, desesperadamente, iban desapareciendo también las escasas pesetillas que le permitían subsistir. La inversión estaba resultando ruinosa. A pesar de que hacía esfuerzos denodados por disimularla, yo podía sentir su congoja cruzando el continente por el hilo telefónico.

Mi hermano Alberto tiene dos años menos que yo, la misma talla y mucho más pelo. Entonces estudiaba filología francesa en la misma Facultad en la que yo acababa de licenciarme. Me ahorraría espacio de presentaciones si dijese que lo considero mi alter ego: tan diferente de mí y al mismo tiempo tan unido. Como hermano mayor concienciado de ese papel, yo quería protegerlo, ampararlo, estar a su lado. En cuanto se acabó el Mundial de fútbol —eso sí—, me apresuré a coger el autobús hacia Suiza. Echaba de menos a Alberto.

3

EL AUTOCAR HACÍA veintitantas horas hasta Zúrich y solo paraba para que el conductor comiese y para que el conductor orinase. Tenías que hacer lo imposible por sentir necesidades al mismo ritmo que él, porque, si no, estabas perdido. En general los conductores no eran mala gente, eran guasones y a veces te echaban una mano, sobre todo a los novatos, que andaban muy

desorientados, pero les llevaban los demonios si te asaltaba una necesidad espontánea en plena autopista y tenían que parar. Eran tipos muy especiales, aquellos capitanes de patera.

Como cualquiera supondrá, en veintitantas horas sentado en una butaca le daba a uno tiempo de pensar en todo. Tenías ocasión para hacer amistades con los otros pasajeros, es verdad, incluso para hacer familia, aunque, en mi caso, lo normal es que me hiciera el dormido y todavía tuviera más tiempo de pensar. Mientras viajaba a principios de julio de 1982, me recomía aquella inquietud por si no habría que volverse con el rabo entre la piernas después de haber gastado incluso lo que no teníamos. Esa desazón se añadía pesadamente a las emociones habituales del viaje.

En todas las expediciones pasaba siempre más o menos lo mismo. Salías de casa con una excitación tremenda; estabas tan ansioso por montar en el autocar que la noche anterior no pegabas ojo. Luego, poco a poco, conforme el vehículo se alejaba hacia el norte por aquellos costurones de brea que remendaban la meseta, y sobre todo cuando cruzabas la frontera francesa, el entusiasmo daba paso a un cansancio anímico, no físico todavía. A lo mejor era porque, en verano, cuando llegabas a Irún estaba haciéndose de noche. La frontera es entonces una frontera de verdad y exige trámites interminables. Primero suben al autocar los guardias civiles, con sus tricornios, a asegurarse de que nadie se escapa de la ratonera sin permiso. Encienden bruscamente las luces, la gente se sacude la modorra, les cuenta lo triste que es dejar la familia y el pueblo y nadie se permite bromas. Detrás pasan los gendarmes franceses, todo narices. Celosos de nuestra chacina, según creemos, registran uno por uno los equipajes y escudriñan has-

ta los bajos del vehículo con linternas, como si esperasen encontrar la peste porcina pegada al chasis.

Cruzabas toda Francia a oscuras, más que dormido, entontecido con el ronroneo del motor y sobresaltado por los cambios de marchas, que entraban a capón. Abrías el ojo cuando el fogonazo de las luces urbanas te permitía localizar un punto cada vez más lejano del viaje (Burdeos, Angulema, Poitiers, Bourges, Dijon, Besançon), y poco a poco te ibas entristeciendo. Por la mañana, al despertar de la segunda noche maldormida tenías las costillas reventadas. La ropa te apestaba a sudor frío y a tabaco (la gente fumaba entonces en cualquier sitio) y te daba tanto escrúpulo como si te la hubiera prestado un tiñoso. A esas horas te paraban para desayunar, aliviarse y lavarse un poco la cara en algún hostal de carretera cerca ya de la frontera suiza. Entonces el vientre se te encogía de pronto arrugado, y seco, y duro como una nuez. El trato en la frontera de Basilea hacía que recordaras con nostalgia la de Irún. Esta vez, había que desalojar el autocar y pasar por el edificio de la aduana con el pasaporte en una mano y el equipaje en la otra. El corazón me palpitaba en el buche, se me secaba la boca: no sabía bien si aquella ansiedad que sentía era por miedo a que los caprichosos aduaneros me prohibieran pasar o a que, algo aún peor, me lo permitieran. El último tramo por la imponente autopista que va desde Basilea a Zúrich me sugería siempre a Luis XVI en su paseo en carro por las calles de París hasta la guillotina. El paisaje suizo de aquella parte es muy plano y muy verde, sin ningún interés aparte de los gigantescos husos humeantes de una central nuclear. En ese momento piensas que ya todo es irreversible, que nada puede impedirte llegar a esa ciudad que apesta a mantequilla frita,

buscar un trabajo sin esperanza entre seres crudos, de sangre fría y piel translúcida —y estar obligado a sentirte feliz cuando te den una oportunidad de encallecer la manos. Daban ganas de vomitar.

4

CUANDO POR FIN LLEGUÉ a Zúrich aquel verano, la situación era poco menos que desesperada. Tirados en sacos por el suelo de un pisito esquemático de la Knüsslistrasse, una callejuela atrapada entre el estadio de fútbol y las vías del tren, maldormíamos cada noche y pateábamos la ciudad de día, dándonos de bruces intento tras intento con la imposibilidad de encontrar trabajo sin un contrato firmado en origen. Es fácil imaginarse nuestra depresión. Compartíamos el piso con un puñado de individuos que despertaban indefectiblemente mi admiración. Uno de ellos era David, un hombre de la Sierra de Gata, compañero de curso de Alberto y hoy catedrático en una Universidad norteamericana: él había conseguido trabajo en un matadero cercano. Era una gran suerte. Durante diez horas al día arrastraba a cuestas las pieles del ganado recién sacrificado, una carga de cincuenta kilos que iba dejando tras de sí un reguero de sangre y otros pingües jugos corporales y que solo podía soportar un hombre con un estómago y una fuerza física extraordinarios. Temblando de miedo, Alberto y yo le preguntamos si creía que habría trabajo para nosotros en su matadero. David nos miró de arriba abajo a los dos con esa cara de asco que pone cuando le das pena, sacudió la cabeza y, sin

aguardar a mayor consulta, respondió con la elocuencia de Hércules:

—No.

David sigue siendo un gran amigo. También filólogo, también licenciado por la Universidad de Salamanca, otro de nuestros compañeros era Tomás, a quien también admiraba para mis adentros y de quien no he vuelto a saber nada desde entonces. Sereno como un cirujano, se ganó mi reconocimiento porque había eludido la mili de la más desconcertante de las maneras: fingiendo un cuadro de esquizofrenia. En las largas noches a medio tumbar, fumando en los sacos de dormir, me contaba el minucioso y metódico ejercicio que se había visto obligado a hacer, primero empapándose de la sintomatología de la enfermedad en manuales de psiquiatría y, después, convenciendo con su actuación a un jurado de médicos del ejército con todas las antenas de la desconfianza encendidas. Paciencia infinita, nervios de acero, determinación absoluta: todo eso que tenía Tomás, me parecía, era lo que me faltaba a mí.

Si los estudiantes de Salamanca me acomplejaban y dejaban en evidencia mi flojera, poco valor y menos astucia, los indígenas con los que compartíamos aquella comuna también tenían lecciones que darme. Los suizos no eran estudiantes, sino, al contrario que nosotros, más bien lo que hoy llamaríamos fracasos escolares: a nosotros les unía una activa rebeldía política. Recuerdo singularmente a Christoph, de Lucerna, taxista ocasional y objetor de conciencia. El servicio militar y el pasaporte (cómo escapar de uno, cómo no perder el otro) eran mi obsesión: a base de prórrogas había estirado hasta el límite una cita a la que estaba invitado desde los dieciocho. Aunque todavía no me habían rapado el pelo y vestido de uniforme, los militares

ejercían ya una asfixiante caución sobre mi vida: para cada viaje al extranjero había que pedirles un permiso especial. Salías del país como una cometa, atado de un cordel. Ellos te dejaban escapar con un pasaporte válido para seis meses, de manera que, a la espera de perder la precaria condición de civil, uno se pasaba la vida en cuarteles y despachos oficiales rellenando papeles y presentando documentos. Buscando soluciones a lo inevitable, también yo había llegado a pensar en la objeción de conciencia, pero la descarté por pura cobardía. No era ya el estigma que caía sobre los objetores, para cuya situación no existía siquiera una regulación legal; lo peor era que, en ausencia de ley y como primera medida, los militares les retiraban el pasaporte. Cualquier viaje al extranjero se convertía para estos valientes en una peligrosa ilegalidad. Presa de una pulsión casi física por salir de mi país y perderme en cualquier otro donde no se hablase castellano, me sentía capaz de afrontar todo lo demás —la imposibilidad de ejercer como funcionario público, la inhabilitación *per saecula saeculorum* e incluso la incertidumbre de un estatus legal que me causaría problemas de todo tipo. De hecho, aunque se me saltaban las lágrimas al pensarlo, estaba dispuesto a soportar un año de encierro cuartelario, pero ninguna causa, por más noble y justa que fuera, por más meritoria y valerosa, conseguía reconciliarme con la idea de quedarme atrapado indefinidamente en España. Por aquella libertad personal estaba dispuesto a traicionar todos mis principios. Christoph era un espíritu libre e inteligente a quien la decisión de no hacer el servicio militar en un país que idolatra esa forma de perversión viril le había costado varios meses de cárcel:

—En una cárcel *suiza* —se apresuraba a replicar en su inglés primitivo, pero suficiente para salir al paso de cualquier

forma de condolencia—. Con sala de ping-pong, televisión en la celda, comida de primera…

Mi amigo de Lucerna retrataba poco menos que un balneario. A mí solo podía darme envidia, y no porque, de haber sido suizo, hubiera podido yo zanjar el asunto de la mili con un período de retiro espiritual, sino sencillamente porque él había tenido el valor de salirse de la fila y afrontar las consecuencias. Christoph se quitaba importancia. Decía que era una cosa corriente:

—Hay abogados. Ellos negocian cuántos meses. *It's normal here*.

—¿Y el pasaporte?, ¿qué hacen con el pasaporte?

—Te lo devuelven en cuanto has cumplido con la cárcel. Pero ¿sabes?, yo me cago en el pasaporte. Solo soy suizo porque lo dice esa mierda de cuadernillo. ¡No tengo nada más que ver con este país!

Solo entonces se alteraba hasta la indignación, renegando de Suiza. Yo lo admiraba, admiraba al bueno de Christoph, admiraba su cálculo, tranquilo y risueño, al servicio de la más destemplada falta de codicia. Él y sus amigos, chicos y chicas con la misma actitud serena y desenfadada, comprometidos sin reservas con la libertad, conscientes del sospechoso lodazal sobre el que su país se levanta, antipatriotas empeñados en que su imagen y sus modales fueran lo menos suizos posible —aquellos perroflautas capaces de compartir su suerte con inmigrantes clandestinos y disfrutar de la oportunidad me parecieron entonces y me siguen pareciendo hoy la cara más amable, más esperanzadora de la Confederación.

Mientras se nos acababan los ahorros y se hacía cada vez más segura la posibilidad de tener que volverse a casa con una

mano delante y otra detrás, Alberto y yo ramoneábamos por la Niederdorfstrasse, la calle más bullanguera de Zúrich, una especie de barrio bajo consolidado, el que más nos gustaba de la ciudad. Sin atrevernos a entrar en los bares a tomar una *Stange*, la típica caña de cerveza, por todo entretenimiento nos deteníamos a atisbar por los escaparates de las *sex shops* o a escuchar al saxofonista que tocaba a cambio de unos *Rapper*, los céntimos de franco que los viandantes iban dejando caer en la funda del instrumento al pasar. Fantaseábamos con robárselos de la funda y salir corriendo.

Lo más barato, en todo caso, mientras no se encontraba nada era quedarse en casa. Durante aquellos días el frustrado candidato a *Fremdarbeiter* [trabajador extranjero] dibujaba en su cuaderno la vista desde una de las ventanas de la calle Knüssli número 3, cuarto piso: todo son líneas rectas, sin formas no indispensables, dominando especialmente las serradas, tejados metalizados de grandes talleres o naves, cárceles de obreros. Con el tiempo, cuando Golo me dijo en alguna ocasión, orgulloso de la belleza de su país de adopción: «En Suiza existe lo feo, sí, pero hay que buscarlo», yo me acordaba inevitablemente de la Knüslisstrasse, de la parada de autobús de Farbhof, que nos correspondía, y de todo el barrio de Alstetten.

Cuando la desmoralización y el tedio pudieron conmigo, el dinero también se había acabado. Llegó el momento de plantearse seriamente abandonar y regresar a casa. Fue justo entonces cuando nos telefoneó Paco Olivo.